

Los “Cuentos Militares” de Olegario Lazo

Por Ignacio Valente

Están, sin duda, entre los mejores cuentos de nuestra historia literaria. Así como Juan Emar es la cumbre del relato fantástico en Chile, así como Joaquín Edwards no ha sido superado en sus crónicas, así también la forma clásica del cuento corto encuentra en Olegario Lazo al maestro indiscutido. Sus "Cuentos Militares", que hoy reedita Zig-Zag, forman parte del escaso número de obras en prosa que, en las letras nacionales, pueden equipararse al verso de nuestros grandes poetas. Yo confieso una culpa: que no conocía ésto dos o tres de estos relatos, los que suelen figurar en las antologías y desde luego "El padre", esa obra maestra que encierra en brochazos de diáfragma sencillez — una sobrecogedora emoción. Pero estos dos apretados volúmenes contienen setenta y tantos cuentos de calidad semejante, que he devorado con avidez y asombro, un poco avergonzado de esta apreciación tardía — el autor murió en 1964 — y siempre maravillado de su nivel parejo, que nunca decrece, y que a ratos se eleva hasta sopasar la comparación con los maestros franceses e ingleses del género.

La historia del autor
deja ya bien conocida:
puede leerse, entre más,
en sus varios
cuentos de sabor intensamente
autobiográfico,
y Alonente vuelto sobre
ella con su perspicacia
habitual. Olegario Lazo,

cial de caballería, ex-
celente jinete, sufrió en
esta prueba, equestre el
accidente que troncha el
cuerpo de las armas y
pasado el tiempo, por la
potencia de la nostalgia da
origen al gran escritor.
Tal vez lo ha dicho en for-
ma inmejorable: es el
perfecto narrador, el que
dice algo que contar y lo
cuenta; el austero militar,
el todo ajeno al narcisismo
de los círculos literarios;
que escribe con la
potencia imperativa de la
experiencia; y con una
siente de la ironía moral;
no porque quiera ser
escritor o mirarse en el
espejo de la literatura,
sino porque tiene mucha
que contar, porque un
viejo, antiguo soldado
resuena, un desfile re-
lato, los recuerdos que
iden con dolorosa nos-
algia y su mujer le sugiere:
"¿Por qué no escribir
unas gomas de sus impresio-
nes militares?"

El hombre, por lo demás, se advierte tras de cada uno de sus cuantos en toda su estatura mortal: sobrio, viril, portador de ese misticismo participativo, dentro del ejército, y el sello propio de la abeja: comprensivo y espectador de la naturaleza humana a la vez que cabrío exigente, consolador, mismo tanto y más que con sus subalternos; amado siempre enamorado de su mujer, católico ferviente, patriota con sentido universal optimista, dotado de esa fuerza y afinidad con el cielo que sólo pueden comprenderlos quienes lo aprecian. Es él el narrador y protagonista de estos cuentos, escrito casi siempre en primera persona, con lenguaje directo,

to y desnudo, sin artículos. Su mundo narrativo, limitado a los cuartelos, a la vida militar de la guerra y de la paz, puede parecer estrecho, pero no lo es para quien sabe desplegarlo como un microcosmos, como un pequeño universo donde caen y se dan, con particular fuerza, todas las grandezas y miserias de la condición humana.

Porque el autor no idealiza, no es moralizante, no sublima los hechos, casi se diría que no inventa; lo basta describir lo vivido y lo visto, lo experimentado y lo oido, a veces con un desdoblado realismo que revela a las claras lo deficiente de personas e instituciones. Y precisamente por ese camino, sin importar la voz, sin proponerse otra cosa que narrar, se relata destila el aura de nobleza y lealtad, de coraje y rectitud, de honradez y disciplina, que se resacia a la vocación de las armas en general, y en particular a la caballería. Y no es la menor sorpresa del lector el encuentro con la cordial y soñadora emoción que encierran estos cuentos; la finísima sensibilidad que ellos manifiestan, para lo humano y lo equino, para lo vencedores y vencidos, para hombres y mujeres, para esa amplia y variada humanidad que vive, sufre, goza, muere y sobrevive alrededor de las armas. Cuentos de guerra, episodios de la vida ecuestre, asuntos domésticos y amorosos, anécdotas del reclutamiento, de la equipación de las horas de casino, aventuras de armas y de mujeres, historia y fantasía, componen el equilibrado mosaico de los "Cuentos Militares".

que su pa-

mer atractivo es la falta de todo artificio literario. El autor alcanza esa forma suprema de la literatura, que consiste en abolirlo a sí misma como artificio; poseen el don más grande de la naturalidad. Quien escribe así, puede darse al lujo de no tener "recursos", de carecer de toda técnica: lo basta ponerse a narrar. La fuerza parece entonces venir directamente del asunto, de los personajes, de sus emociones, de los eventos. Olegario Lazo posee el don de la transparencia. Una sola objeción me permitió hacer a su lenguaje: de vez en cuando—pocas veces, por fortuna—el autor abandona esa diáfana sencillez y se creó quizás en la obligación de pagar algún tributo a la "literatura", entonces caído en figuritas retóricas de dudoso gusto. Por ejemplo: "Las calles, fangosas calles de aldea grande, con aceras llenas de trampas y peligros, iluminadas por escasos y empalmeados faroles de parafina, estaban negras como la conciencia de un prostíbulo judío". "Era un caballo que, como la mejor casada sin aventura amorosa, qué desgarro la armonía y moralidad del matrimonio, no había dado nunca que hablar..." De este tipo son las escenas más calidas de un estilo que, a lo largo de muchas páginas, se dispone de todo tipo artificio y posee la singular propiedad de no hacerse sentir. A la vista de estos cuentos, piensa uno en los exasperados esfuerzos que hacen tanto narradores de la nueva generación por alcanzar la innovación formal, por manejar la "comunicación de conocimiento" o la "expresión de sentimientos", etc., etc. No puede desconocerse el valor de esas búsquedas; pero, leyendo a un autor como Olegario Lazo, no puede evitar uno el pensamiento de que la buena prosa narrativa consiste—toda vez en tener algo que contar, y contarla: nada más, nada menos. Tal vez por eso mismo los críticos tienen poco que decir sobre la forma de estos relatos, como no sea resaltar su magallánica simplicidad; y los críticos que están al día—y que profesan distinguir variedades entre el estructuralismo—no tienen prácticamente nada que decir. ¿Cómo hablar del punto de vista narrativo, de los niveles de significación, o de la estructura diacrónica, a propósito de unos cuentos sin trampa ni cartón, y que solo pueden llamarse buenos, óptimos, de tan buena ley que no cabe sobre ellos ninguna monserga erudita? He allí la mejor prueba de su calidad. Cuando se puede redear la vida con la sencillez verbal y con la nobleza moral de Olegario Lazo, todo lo demás sobra. Alector le basta con saborear esos espléndidos jirones de la vida militar, esos breves y sustanciales alispos del corazón humano (y del corazón equino) y esos episodios inolvidables de nuestra historia castrense, que nos brindan estas casi quinientas páginas, buenas entre las mejores de la literatura chilena.

[View all posts by admin](#) | [View all posts in category](#)

La Prensa, Culiacán 16-08-1998

Aug. 3

Los "Cuentos militares" de Olegario Lazo [artículo] Ignacio Valente.

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los "Cuentos militares" de Olegario Lazo [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)